

das por el sol delante de sí ha gritado otra vez: *Bédames!* Hoy, ha dado en mis brazos la vuelta á mi gabinete mirando en sus marcos una porción de figuras y, á la vista de estos grabados ha repetido *Bédames*, durante media hora con el acento vivo y feliz de un descubrimiento.—Ha dicho varias veces y varios días seguidos *Bédames* viendo su propia imagen en el globo de cobre pulimentado de la lámpara.—Nunca ha dicho esa palabra ante una persona viva ni ante un simple paisaje sin figuras. Aún más, nunca lo ha dicho á propósito de una muñeca, probablemente porque la toca y tiene de ella una impresión táctil. Designa, pues, con esta palabra la *copia (semblant) visible* de una figura humana.—Semejante distinción es en verdad sorprendente; á esta edad, con tan pocas palabras generales y con nociones tan restringidas, distinguir la apariencia de la realidad, la imitación visible de la imitación táctil, la forma pura de la sustancia corpórea, es cosa inesperada y de la más alta idea de la delicadeza y precocidad de la inteligencia humana.

Del duodécimo al décimoséptimo mes y hasta hoy (vigésimo primero) ha continuado charlando continuamente en un lenguaje que le es propio, con las inflexiones más delicadas, y mirándonos como para hablarnos, absolutamente como un extraño caído de otro planeta que trajese consigo un lenguaje completo y tratase de hacerse entender de nosotros. Es manifiesto que el niño ha encontrado espontáneamente este lenguaje completo. Pero su idioma no parece fijo. En diversas ocasiones le he colocado en la misma posición frente á frente del mismo objeto, sin poder descubrir nada constante en los sonidos y

articulaciones que ese objeto y esa situación le sugerían. Probablemente, improvisa cada vez una frase nueva, como un músico de genio.—En efecto, la fijeza de la lengua, la regularidad y la reaparición exacta de los mismos sonidos apropiados de la misma cosa, son endurecimientos, empobrecimientos y decadencias después de la exuberancia, la variedad, la invención inagotable y siempre nueva de los comienzos.

Hacia el vigésimo mes, aparecen las primeras uniones de palabras: «*Toto là-bas* (Toto lejos). *Bateau là-bas* (Barco lejos). *Bateau parti* (Barco que se ha marchado). *Lune partie* (Luna que se ha marchado).»—Dos objetos principales atraen sobre todo su atención, y su curiosidad no se cansa de ellos nunca: 1.º *Bateau* (el barco de vapor que va á lo lejos pasar por el lago). Durante meses enteros ha sido para él un placer extremo y siempre nuevo reconocer á lo lejos y llamar veinte veces seguidas al barco. 2.º *Lune*. Como su hermana, y también durante meses enteros, estaba encantado viendo la luna en todas sus formas y en todos los puntos del cielo, reconocerla y llamarla. El sentimiento de la forma, ya manifiesto por muchos rasgos, se ha revelado en él de nuevo en esta circunstancia. Dos veces en estos días (vigésimo primer mes) y cada vez repitiéndolo, con la alegría de un descubrimiento, ha dicho *lune* viendo una O y una D mayúsculas en el título de un periódico. Hasta una vez, con este motivo, para explicar á la vez la semejanza y la diferencia de ambos objetos, ha dicho *lune-papier* (luna-papel).—La aptitud para las ideas generales está completamente desarrollada, y en efecto, durante este mes (vigésimo primero) oye,

comprende, repite, y hasta asocia de una vez una porción de palabras nuevas.

§ 2. Adquisición del lenguaje por la especie humana.

Semejanta cuestión no podía tratarse con competencia más que por un filólogo. Por fortuna, uno de los más eminentes lingüistas de nuestro tiempo, Max Müller, acaba de darle una solución á la vez muy sencilla, muy ingeniosa y muy sólidamente fundada.

Sobre todos los puntos esenciales las conclusiones á que llega M. Max Müller, por medio de la filología, son las mismas á que hemos llegado nosotros por medio de la psicología. Según él, hay dos clases de lenguaje, uno que llama *emotivo*, y que nos es común con los brutos; otro que llama *racional* y que es propio del hombre. El lenguaje *emotivo* comprende los gritos, las interjecciones, los sonidos imitativos. «Si un perro ladra, es señal de que está encolerizado, contento ó sorprendido; todos los perros hablan este lenguaje, todos los perros lo entienden, y también otros animales, los gatos, los corderos, hasta los niños aprenden á comprenderlo. Un gato que ha sido espantado ó mordido una vez por un perro que ladraba, comprenderá fácilmente el sonido y escapará, lo mismo que cualquier otro ser calificado de razonable (1)». Solo que, si huye, es

(1) *Lectures on Mr. Darwin's Philosophy of language delivered at the Royal Institution*. Marzo y Abril, 1853, publicadas después en *Fraser's Magazine*, Mayo 1873).

porque, por asociación, el ladrido evoca en él la imagen ó representación sensible del perro que se lanza y del par de colmillos que van á entrar en su piel. El lenguaje racional y especialmente humano es completamente otro; consideradas en su sentido primitivo, las palabras que lo componen evocan, no representaciones sensibles, sino conceptos generales; por esto se le llama racional, porque la razón es la facultad de «formar y de manejar esos conceptos generales».

»No hay lengua, aún entre los salvajes más degradados, en la cual la inmensa mayoría de las palabras no sea racional. No entendemos por lengua racional una lengua que posee términos tan abstractos como *blancura*, *bondad*, *tener*, *ser*, sino toda lengua en la cual hasta las palabras más concretas están fundadas sobre conceptos generales, y derivadas de raíces que expresan conceptos generales. Hay en toda lengua una capa de palabras que se puede llamar puramente *emotivas*; este estrato es más ó menos grande, según el genio y la historia de cada nación; no está nunca oculto completamente por las capas posteriores del lenguaje racional; la mayoría de las interjecciones, muchas palabras imitativas pertenecen á esta clase; su carácter y su origen son perfectamente manifiestos y nadie pueden sostener que descansan sobre conceptos generales. Pero si omitimos esta capa inorgánica, todo el resto de la lengua, sea en nosotros sea en los últimos salvajes, puede ser referido á raíces y cada una de éstas es signo de un carácter general. Tal es el más importante descubrimiento de la lingüística... Estas raíces que en realidad son los títulos más antiguos de nuestro derecho á la

cualidad de seres racionales, suministran hoy todavía la sávia viva de los millones de palabras pronunciadas sobre la superficie del globo, mientras que no se ha descubierto ningún rastro de ellas, ni de cosa que se les parezca, entre los más avanzados de los monos catarrinos...

»Aunque el número de las raíces sea limitado, el de las que subsisten y son en cada lengua las matrices efectivas de las demás, es próximamente de 1000. Algunas de éstas son, sin duda, de formación secundaria ó terciaria y pueden reducirse á un número más pequeño de formas primarias, en total, poco más ó menos, 500 á 600 (1).—Todas estas raíces expresan conceptos generales y manifiestan un modo de conocimiento propio del hombre. Porque, así como hay dos lenguas, una *emotiva*, común al hombre y á los animales, otra *racional*, particular del hombre, así también hay dos modos de conocimiento, uno *intuitivo*, común al hombre y á los animales, otro *conceptual*, peculiar del hombre. Cuando un animal ó un niño que todavía no sabe hablar, ve un perro ó un árbol, tiene la intuición de él, no vá más allá, no dispone aquel objeto en una clase de objetos semejantes. Cuando un hombre, al ver aquel perro ó aquel árbol, pronuncia además mentalmente que uno es un perro y otro un árbol, además de la intuición y de la percepción simple tiene un concepto; clasifica el objeto en una clase de objetos semejantes. «Estos conceptos están formados por lo que se llama la facultad de abstraer,

(1) *Lectures on the science of language*, 67, Max Müller, 6.^a ed., I, 397.—500 en el hebreo, 450 en el chino, unas 500 en el sanscrito, 600 en el gótico, 250 en el alemán moderno, 1605 en las lenguas eslavas.

palabra excelente, que designa la acción de descomponer las intuiciones sensibles en sus partes constitutivas, de despojar á cada parte de su carácter momentáneo y concreto», para aislarla y formar con ella un carácter general.

«¿Cómo se ejecuta esta obra especial de la inteligencia humana, quiero decir, la formación y el manejo de los conceptos? ¿Son posibles los conceptos—ó por lo menos, hay nunca conceptos efectuados—sin una forma exterior y un cuerpo? Respondo decididamente, *no*. Si la lingüística ha probado algo, es que un pensamiento conceptual ó discursivo no puede desarrollarse más que con palabras. *No hay pensamiento sin palabras, como no hay palabras sin pensamiento*. Podemos, por abstracción, distinguir entre las palabras y el pensamiento, como hacían los griegos cuando hablaban del discurso (*logos*) interior y del discurso exterior, pero no podemos nunca separar el uno del otro sin destruirlos ambos. Si se me permite explicar mi pensamiento con un ejemplo familiar, se asemejan á una naranja con su piel. Podemos pelar la naranja, poner la piel de un lado y la carne de otro y podemos pelar el lenguaje y poner las palabras de un lado y el pensamiento ó el sentido de otro; pero no encontraremos nunca en la naturaleza una naranja sin piel ó una piel sin naranja, ni encontraremos nunca en la naturaleza un pensamiento sin palabras ni palabras sin pensamiento» (1).

(1) Hemos explicado ya por qué no hay concepto, ó idea general, sin un signo. Es que una idea general no es más que un signo dotado de sentido, es decir, capaz de ser evocado por una única clase de percepciones y capaz de evocar una sola clase de recuerdos.

Así pues, raíces y conceptos son la producción especial de la inteligencia humana, y no es de extrañar que se los encuentre juntos siendo, como son, una sola producción bajo dos aspectos. «Tomad cualquier palabra en una lengua que tenga su historia, é invariablemente encontraréis que está fundada sobre un concepto. Así, en el antiguo nombre ario del caballo (*asva* en sanscrito, *equus* en latín, ἵππος en griego, *ehu* en antiguo sajón), no descubrimos nada que recuerde el relincho de un caballo, pero descubrimos el concepto de *rapidez* incorporado en la raíz *ak*, que significa ser agudo, ser rápido, de donde hemos sacado también nombres para designar la prontitud intelectual, por ejemplo, *acutus*. Vemos, pues, no por conjetura y teoría, sino por hechos y pruebas históricas, que el concepto de *rapidez* existía, *había sido completamente elaborado con anterioridad*, y que por él se efectuó el conocimiento conceptual del caballo, distinto del conocimiento intuitivo del mismo. Este nombre, *el rápido*, podía haber sido aplicado también á otros muchos animales; pero habiendo sido aplicado muchas veces á los caballos se hizo por esta razón impropio para otro uso. Las serpientes, por ejemplo son bastante rápidas cuando se arrojan sobre su presa; pero su nombre se formó por otro concepto, el de ahogar ó estrangular. Se les llamó *ahi* en sanscrito, ἄχις en griego, *anguis* en latín, de la raíz *ah*, ahogar, ó *sarpa*, en latín *serpens*, de la raíz *sarp*, arrastrarse, ir.» Del mismo modo *hamsas* (la oca), significa el animal que lleva la boca abierta; *varkas* (el lobo), el que desgarrá; *sus* (el cerdo), el que engendra, el más prolífico de los animales domésticos. El hombre tiene tres nombres: se le llama

ma el que está hecho de tierra (*homo*), el que muere (*marta*), el que piensa (*manu*) (1). La luna es «la que mide», el sol es «el que cría», la tierra es «la que se labra». Los animales (*pasu*, *pecus*) son «los que alimentan».—He aquí como nuestros conceptos y nuestros nombres, nuestra inteligencia y nuestro lenguaje se formaron juntos. Algún rasgo suelto se tomó como característica de un objeto ó de una clase de objetos; allí mismo se encontró una raíz para expresar el rasgo; «se añadió á ella una base pronominal, después se adhirieron sufijos, que aportaban la precisión y las distinciones». *Yudh*, combatir, dio *yudh-i*, el acto de combatir, *yudh-ma* un combatiente, *â-yudh-a*, un arma». Y poco á poco las raíces que daban brotes nuevos proporcionaron la inmensa vegetación de un vocabulario completo.

Así constituida, cada lengua ha recorrido tres etapas. La primera (2), que se puede llamar la *época de las raíces* «es aquella en que cada raíz conserva su independencia, en que una raíz y una palabra no presentan ninguna distinción de forma.» El mejor ejemplo de este estado del lenguaje lo da el antiguo chino; en él, una misma raíz, según su posición en la frase puede significar grande, grandeza, grandemente, ser grande; en *y-cang* (con un palo, en latín *baculo*), y no es una simple preposición como en francés, es una raíz que como verbo significa *emplear*; así en chino *y* *cang* significa literalmente *emplear palo*.

(1) Max Müller, *Lectures on the science of the language*, I, 34.

(2) Max Müller, *Lectures on the science of language*, lecture 8, p. 331, 332, 375, 378.

«En cuanto las palabras como *y* pierden su sentido etimológico y se hacen signos de una derivación ó de un caso, la lengua entra en la segunda época.—Esta segunda época, que se puede llamar la etapa de las *terminaciones*, es aquella en que «dos ó más raíces se reúnen para formar una palabra, la primera raíz conserva su independencia primitiva, mientras que la segunda se limita á no ser más que una terminación. El mejor representante de ese estado es la familia de las lenguas turaníes; las lenguas que comprende han sido llamadas, en general, *aglutinantes*, porque la segunda raíz alterada viene á pegarse á la primera intacta.—La tercera etapa que se puede llamar la de las *inflexiones*, tiene sus mejores representantes en las familias aria y semítica. En esta época las raíces se unen alterándose ambas, de suerte que ninguna de ellas guarda su independencia sustantiva.» Todas las lenguas encajan en una de estas tres categorías y toda lengua debe al principio atravesar la primera para llegar á la segunda, después la segunda para llegar á la tercera. «Lo que ahora es inflexión ha sido en otro tiempo aglutinación, y lo que ahora es aglutinación ha sido primeramente raíz.» Tal es la historia de las palabras; sea cualquiera hoy día su alteración, deformadas, borradas, reducidas al mínimum de materia y de sentido, á una particularidad de ortografía, á una simple letra terminal, casi vacías y casi nulas, han sido al principio raíces llenas, independientes, intactas, de un sentido completo y distinto, como la *y* china.

Queda por saber cómo se formaron esas raíces.

«No son ni imitaciones ni interjecciones. Las interjecciones como *¡peuh!*, las imitaciones como

oua-oua (ladrido del perro) son exactamente lo contrario de una raíz. *Su sonido es vago y variable y su sentido especial, mientras que en las raíces el sonido es definido y el sentido general.* Sin embargo, las interjecciones y las imitaciones son los únicos materiales posibles con que el lenguaje humano ha podido formarse y por consiguiente se trata de saber cómo, partiendo de las interjecciones y de las imitaciones, podemos llegar á las raíces. Si explicamos este paso habremos hecho todo lo que el escéptico más exigente puede pedir. Porque de un lado el análisis de todas las lenguas conocidas nos lleva á las raíces, y de otro la experiencia nos da las interjecciones y las imitaciones como el único comienzo imaginable de la palabra humana. Si estos dos términos pueden enlazarse, el problema está resuelto.

»Remontémonos una vez más á los primeros comienzos del conocimiento conceptual; porque allí es donde debe encontrarse la clave, si está en alguna parte. El concepto más sencillo es el que consiste en reunir dos cosas en una sola; este concepto puede formarse de dos maneras, por combinación ó por abstracción.

»Si tenemos una palabra para *padre* y otra para *madre*, para expresar el concepto de *padres* (*parents*) podemos reunir las dos palabras. En efecto, es lo que encontramos en Sanscrito; *pitar* significa padre, *mātar* madre, *mātāpitarau* madre y padre, es decir, padres. Del mismo modo en chino, *fú* significa padre, *mú* madre, *fú-mú*, padres. Análogamente, en chino, un bípodo con plumas se llama *kin*, un cuadrúpedo con pelo, *sheu*, y los animales en general *kin-sheu*...

»Pero es claro que esta adición de palabras

unas á continuación de otras no podría prolongarse hasta el infinito; en otro caso, la vida sería demasiado corta para acabar una frase. Podemos llamar á nuestros padres *nuestros padre y madre, fümü*; pero ¿cómo llamaríamos á nuestra familia? Aquí viene en nuestro auxilio la facultad de abstraer. Un caso muy sencillo nos mostrará cómo podía abreviarse el trabajo del pensamiento y del lenguaje. Mientras los hombres designaban á los carneros solo como carneros y á las vacas solo como vacas, podían muy bien indicar á los primeros por *bee* y á los segundos por *mou-ou (muu)*; pero cuando por primera vez experimentaron la necesidad de hablar de un rebaño, ni *bee* ni *mou-ou* podían servir. En tanto que no hubo en el rebaño más que carneros y vacas, la combinación *bee-mou-ou* bastaba; pero cuando el rebaño comprendió animales de otra especie, los sonidos distintos que los designaban debieron ser evitados con un cuidado particular, porque habrían dado lugar á errores.—Así mismo, era bastante fácil imitar los gritos del cuco y del gallo, y los sonidos *cou-cou* y *coq* (gallo) podían emplearse como signos fonéticos de esas dos aves. Pero cuando se tuvo necesidad de un signo fonético para indicar el canto de aves más numerosas, ó quizá de todas las aves posibles, toda imitación de una nota especial se hizo, no solo inútil, sino peligrosa; y nada podía conducir al nuevo fin sino un compromiso entre todos estos sonidos imitativos, un desgaste, un frotamiento, una disgregación de todos sus ángulos agudos y distintivos. Este frotamiento, que quita á cada sonido imitativo su especialidad, marcha por completo paralelamente á la generalización de

nuestras impresiones, y no tenemos otro medio de comprender cómo, después de una larga lucha, las vagas imitaciones fonéticas de impresiones especiales llegaron á ser representaciones fonéticas definidas de conceptos generales.

»Por ejemplo, debió haber muchas imitaciones que expresasen la caída de una piedra, de un árbol, de un río, de la lluvia, del granizo; pero finalmente se combinaron todas en la raíz simple *pat*, que expresa el movimiento rápido, ya para caer, ya para huir ó para correr. Abandonando todo lo que podía recordar al oyente el sonido especial de tal objeto arrastrado por un movimiento rápido, la raíz *pat* se hizo apta para significar el concepto general del movimiento rápido, y esta raíz, por su vegetación, suministró enseguida una porción de palabras en sanscrito, en griego, en latín y en las demás lenguas arias. En sanscrito encontramos *patati*, vuela, se cierne, cae; *patagas* y *patangas*, un pájaro y también un saltamonte; *patalram*, un ala, el pétalo de una flor, una hoja de papel, una carta; *paltrin*, un pájaro; *patas*, caer, ocurrir, accidente y también caída en el sentido de pecado;—en griego πέτομαι, yo vuelo; πετηνός, alado; ὄχιπέτης, que vuela ó corre rápidamente; ποτή, fuga; πτερόν y πτέρυξ, pluma, ala; ποταμός, río; πίπτω, yo caigo; ποτύς, caída, accidente, destino; πτώσις, caída, caso, al principio en sentido filosófico, después en sentido gramatical;—en latín *peto*, caer encima, asaltar, buscar, pedir, y sus numerosos derivados; *impetus*, impulso, asalto; *praepes*, que vuela rápidamente; *penna*, pluma, antiguamente *pesna* por *petna*, etc.

»Según estos desarrollos se comprenderá cómo las raíces ó tipos fonéticos son en realidad los

últimos hechos á que se remonta el análisis del lenguaje, y cómo, desde el punto de vista más elevado y filosófico aportan, sin embargo, una explicación perfectamente inteligible. Representan los *núcleos* formados en el caos de los sonidos imitativos ó interjectivos, los centros fijos que se han establecido en el torbellino de la selección natural. El erudito empieza y acaba por estos tipos fonéticos; si no los atiende, ó si quiere referir las palabras á los gritos de los animales ó á las interjecciones humanas, es á su propia costa. El filósofo va más allá y en la línea que separa el lenguaje emotivo del lenguaje racional, el conocimiento intuitivo del conocimiento conceptual, es decir, en las raíces de cada lengua, descubre la verdadera barrera que separa al hombre de la bestia.»

Según lo que precede, y á confesión de M. Max Müller, esta barrera no es un saliente abrupto y cortado; hay transiciones que conducen á ella; antes del período de las raíces ha habido el de las interjecciones y de las imitaciones, como antes del período de las hachas de piedra pulimentada ha habido el de las hachas de sílex groseramente tallada, como antes del período del álgebra ha habido el de la aritmética. Por consiguiente, lo que distingue al hombre de los animales, es que empezando como los animales por interjecciones é imitaciones, llega á las raíces, donde no llegan los animales. Ahora bien, en esto no hay más que una diferencia de grado, análoga á la que separa una raza bien dotada, como los griegos de Homero y los arias de los Vedas, de una raza mal dotada, como los australianos y los papúes, análoga á la que separa á un hombre de genio de un hom-

bre torpe. En efecto, un espíritu naturalmente limitado no puede seguir las abstracciones de cierto orden; todos conocemos gentes que, aunque se empeñen ó nos empeñemos, no entenderán nunca la *Mecánica celeste* de Laplace ó la *Lógica* de Hegel. A duras penas y por múltiples esfuerzos, llegarán á subir uno ó dos escalones, nunca llegarán á la mitad de la escala, cuanto menos á la cima. Del mismo modo, un mono, un perro, un loro, dan algunos pasos en el primer grado del lenguaje; comprenden su nombre, muchas veces el de su amo, á veces una ó dos palabras más, sobre todo según la entonación que se les dá; pero se detienen ahí; no pasan del período de las interjecciones y las imitaciones; están lejos aún de recorrerlo por completo; con más razón no entran en el grado segundo, el de las raíces. Así, el mono está en la misma escala que el hombre; pero muchos escalones por debajo, sin que nunca el ejemplo ó la educación puedan hacerle subir hasta el escalón á que llega un australiano, el último de los hombres. Este escalón se reconoce en diversos indicios, en la posesión del lenguaje fundado sobre raíces, en el arte de encender ó cuando menos de mantener el fuego (el mono es incapaz de ello), en la invención del adorno (tatuaje, pintura de los salvajes, deformación voluntaria de la nariz, de las orejas de los labios, etc.), en la fabricación de los primeros utensilios (hachas de sílex, palos puntiagudos, etc.; un mono se sirve de una piedra ó de un palo, pero no sabe transformarlos para apropiarlos á su uso). Si se busca la condición psicológica de esta superioridad se la encontrará en una mayor aptitud para las ideas generales. Si se busca su condición fisiológica se la encontrará en

el mayor desarrollo y en una estructura más fina del encéfalo. La prueba de ello es que si falta esta doble condición el hombre no puede ya adquirir el lenguaje ni los talentos distintivos de que se ha hablado. Se detiene por debajo del escalón humano. Es el caso de los cretinos, los idiotas y en general de los encéfalos detenidos en el curso de su desarrollo y cuyo peso no llega á mil gramos.

NOTA II

SOBRE LA ALUCINACIÓN PROGRESIVA CON INTEGRIDAD DE LA RAZÓN

Trascribo la observación siguiente, que me comunica un observador muy hábil y muy exacto. M. A. M... Habla en tercera persona, pero el amigo de que habla es él mismo.

«Uno de mis amigos, que no había tenido el sarampión en su infancia, lo tuvo á los treinta y dos años. Su médico no le trató más que con dieta (dominaba todavía el influjo de Broussais). Esta dieta duró cinco días. El enfermo, que por otra parte no sentía ningún dolor, comenzó en la segunda noche á tener ensueños más seguidos, más acentuados que de costumbre. La tercera noche, sin dormir, continuaba viendo las imágenes de sus ensueños, aún abriendo los ojos en la oscuridad; pero con la luz desaparecían. Al día siguiente, hacia la noche, las vió aparecer en su habitación, estando despierto y antes de que cerrase la noche. Al otro día, al despertar en plena luz del día, vió algunas que iban y venían por su habitación como seres reales. Sin embargo, el enfermo sabía que no eran más que ilusiones, pero